

orillas del Viorne, las libres caminatas al sol abrasador, toda la llamarada de sus nacientes ambiciones; y más tarde, en su común existencia, recordaba los esfuerzos de ambos, la certeza de la gloria, de desmesurado apetito que les hacía hablar de tragarse á París de un solo bocado. En aquella época, ¡cuántas veces no había visto en Claudio al grande hombre, cuyo genio dejaría muy rezagado, corriendo á rienda suelta, el talento de los demás! Primero, en el taller del callejón de Bourdonnais, luego en el del muelle Bourbon, las inmensas obras soñadas, los proyectos que debían hacer volar el Louvre; la lucha incesante, el trabajo de diez horas diarias, aquel entregarse en cuerpo y alma á la pintura! Y después de esto ¿qué? ¡Veinte años de aquella pasión, parar en aquello, en aquella miserable quisicosa siniestra, de una melancolía desgarradora en su aislamiento de apestada! tantas esperanzas, tantas torturas, una vida gastada en la dura labor del parto, y al final... esto... esto ¡Dios mío!

Sandoz, ya cerca de él, conoció á Claudio. Tembló su voz con fraternal emoción:

—¡Cómo! ¿has venido?... ¿Por qué no has ido por mí?

Ni siquiera se excusó el pintor. Parecía muy fatigado, sin rebeldía, sobrecogido de suave modestia:

—Vaya; sal de aquí; han dado ya las doce; almorzarás conmigo. Me aguardaban algunos en Ledoyen, pero los dejo; vamos al bufé... esto nos rejuvenecerá; ¿qué te parece, chico?

Sandoz se lo llevó, cogiéndole del brazo, apretándole, calentándole, tratando de sacarle de su triste taciturnidad:

—¡Vaya! ¡vaya! chico; no hay para descomponerte así. Aunque lo hayan colocado tan mal, tu cuadro es soberbio, ¡magnífico fragmento!... Sí;

ya sé que habías soñado otra cosa, ¡pero qué diablo! no has muerto, todavía; será para más tarde... ¡Mira! debieras estar orgulloso, porque en realidad tú eres el verdadero héroe del Salón. No sólo te plagia Fagerolles; te imitan todos; los has revolucionado á todos, con tu *Plein air*, de que tanto se rieron... ¡Mira, mira!... aquí un *Plein air*, más abajo otro, y allí y allí, todos, todos!

Al cruzar las salas, iba señalando con el dedo algunos cuadros. En efecto, la ráfaga de luz, introducida poco á poco en la pintura contemporánea, brillaba por fin. El antiguo Salón negruzco, guisado con betún, había cedido el paso á un Salón lleno de sol, alegre como una primavera. La aurora del nuevo día que despuntó en el Salón de los Recusados, se iba agrandando y rejuvenecía las obras con su luz diáfana y difusa, descompuesta en infinitos matices. En todas partes reverberaba la azulada claridad, hasta en los retratos y los cuadritos de género, que alcanzaban las dimensiones y la seriedad de la historia. También los antiguos asuntos académicos se habían largado con aquellos zumos recocidos de la tradición, como si la doctrina ya condenada se llevase consigo su población de sombras; lo imaginado iba siendo raro: las cadavéricas desnudeces de las mitologías y del catolicismo, las leyendas sin fe, las anécdotas sin vida, el baratillo de la Escuela, gastado por algunas generaciones de astutos ó imbéciles; y hasta en los rezagados de la antigua receta y los maestros envejecidos, la influencia era evidente; la ráfaga de sol los había alumbrado. A cada paso, se veía á lo lejos un cuadro que parecía un agujero en la pared, una ventana abierta al exterior. No tardarían en caer todas las paredes, y entraría la gran naturaleza, porque la brecha era anchísima, y el asalto había

arrollado á la rutina, en aquella alegre batalla de temeridad y de juventud.

—¡Ah, la parte que te toca en el triunfo es grande, chico!—continuó Sandoz.—El arte de mañana será el tuyo; ¡tú les has dado vida á todos!

Claudio, entonces, apretó los dientes, y dijo en voz baja, con sombría brutalidad:

—¿Y qué me importa á mí haberlos engendrado á todos, si no me hice á mí mismo?... Ves; mi pensamiento era hartó grande para mis fuerzas, y esto es lo que me abrúma.

Y con un gesto completó lo que quería decir; su impotencia que le impedía ser el genio de la propia fórmula que traía; su tormento de precursor que siembra la idea sin cosechar la gloria, su desconsuelo de verse robado, devorado por los que rematan la tarea, toda una nube de hábiles muchachos, prodigando sus esfuerzos, acanallando el arte nuevo, antes que él ú otro hubiese tenido suficiente fuerza para plantar la obra maestra, la obra que sería el mojón del fin de nuestro siglo.

Sandoz protestó; el porvenir seguía siendo libre. Luego, para distraerle, le detuvo, al atravesar el Salón de honor:

—¡Oh! ¿ves aquella dama vestida de azul, delante de aquel retrato? ¡Qué bofetada le da la naturaleza á la pintura!... ¿Te acuerdas cuando contemplábamos otras veces el público, los tocados, la vida de las salas? Ni un solo cuadro podía resistir la comparación. Y hoy, algunos hay que no se descomponen tanto como todo eso. Yo mismo he observado más allá un paisaje, demasiado amarillento, cuyos tonos amortiguaban completamente los de las señoras que se acercaban á él.

Pero Claudio se estremeció, con indecible dolor:

—¡Sácame de aquí, te lo ruego, vamos... no puedo más!

En el bufé, á duras penas pudieron encontrar una mesa libre. Se ahogaba la gente, se apiñaba en el vasto espacio de sombra, que graduaban algunas cortinas de sarga colgando de los travesaños de la alta techumbre. En el fondo, medio sumergidos en las tinieblas, tres aparadores mostraban alineadas y escalonadas sus fruterías; mientras, más hacia afuera, detrás de los mostradores de derecha é izquierda, dos señoras, una rubia, morena la otra, vigilaban en medio de aquella confusión, con aspecto militar; y, de las oscuras profundidades de aquel antro, una oleada de mesas de mármol, una marea de sillas, apretadas, en desorden, se encrespaba, se hinchaba, desbordaba hasta el jardín, bajo la pálida claridad que filtraba por los cristales.

Al fin, Sandoz vió levantarse dos personas, y por asalto conquistó la mesa, entre un montón de gente:

—¡Demonio! ya estamos... ¿Qué quieres comer?

Claudio hizo un gesto de indiferencia. El almuerzo, por lo demás, fué muy malo: una trucha reblandecida por haber hervido á medias, un filete resecado al horno, espárragos que oían á ropa mojada; y con esto fué preciso disputar para que les sirvieran, porque los mozos, entre empujones y con la cabeza perdida, se veían en los mayores apuros para pasar por los sitios estrechos, que el flujo y reflujo de las sillas iba estrechando más cada vez hasta obstruirlos por completo. Detrás de las cortinas de la izquierda, sonaba la batahola de cazuelas y platos de la cocina instalada allí sobre la arena, como aquellos hornillos de feria y romería que acampan al aire libre, en medio de los caminos.

Sandoz y Claudio hubieron de comer, sentados de través, apretados entre dos grupos cuyos codos iban introduciéndose en los platos poco á poco; y cada vez que pasaba un mozo removía las sillas de un golpazo. Pero tales molestias y el mismo servicio abominable, acababan por divertir. Los comensales se burlaban del servicio, y se establecía cierta familiaridad entre los de una y otra mesa, trocándose el común infortunio en partida de placer. Los desconocidos simpatizaban; los amigos sostenían conversaciones á tres filas de distancia, volviendo la cabeza y gesticulando por encima de los hombros de los vecinos. Las mujeres, sobre todo, se animaban; al principio inquietas con aquella baraúnda, pero luego, quitándose los guantes, alzándose el velo y riéndose, por virtud de un solo dedo de vino puro. Porque la verdadera salsa del estreno de la Exposición era cabalmente aquella promiscuidad, aquel codearse todas las clases, meretrices, mujeres carceras, grandes artistas y necios, reunión de azar, confusión cuyo carácter sospechoso é imprevisto hacía chispear los ojos de los más austeros.

En tanto, Sandoz, que había renunciado á comer, se veía obligado á gritar, en medio del alboroto de las conversaciones y el servicio:

—Mozo, un poco de queso... y á ver si nos traen café.

Claudio, con la mirada vaga, ni siquiera oía. Parecía mirar hacia el jardín. Desde su sitio divisaba el grupo de vegetación del centro, grandes palmeras resaltando sobre las oscuras cortinas que adornaban toda la galería baja. Allí se espaciaba un círculo de estatuas: la espalda de una divinidad mitológica, de hinchada grupa; el lindo perfil de un estudio de niña, el óvalo de la mejilla, y la punta del rígido seno; la faz de un gallo en bronce, colosal leyenda irritante con su

patriotismo estúpido; el vientre lechoso de una mujer, atada por los puños y colgando, alguna Andrómaca del barrio Pigalle, y otras, y otras más; hombros y caderas en fila que bordeaban las revueltas de las calles, blanqueando entre la verdura; cabezas, pechos, piernas, brazos, confundidos en lontananza. A la izquierda, se perdía á lo lejos una hilera de bustos, el extraordinario ó cómico espectáculo de una serie de narices puestas también en fila: un cura con un gran narigón puntiagudo, una actriz cómica con la nariz arremangada, una italiana del siglo xv, con la bella nariz clásica, un marinero, con la nariz á capricho, todas las narices, la nariz-magistrado, la nariz-industrial, la nariz-condecorada, inmóvil é interminable.

Pero Claudio miraba sin ver; para él eran sólo manchas grises en la luz turbia y verdosa de fuera. Continuaba en su estupor; su única sensación fué la que le causó el lujo de los prendidos y trajes, que había juzgado mal entre las aperturas de la sala, y que allí se espaciaba libremente como en el invernáculo de una quinta. Desfilaba toda la elegancia de París; las mujeres que iban para exhibirse, las modas meditadas y destinadas á figurar en los periódicos del día siguiente. Llamaba mucho la atención una actriz, andando con paso majestuoso de reina, del brazo de un caballero, que se daba el aire complaciente de príncipe esposo. Las cortesanas pasaban con porte de ramerillas de baja estofa, mirándose unas á otras, desnudándose con la mirada, valorando la seda, midiendo las varas de blonda, registrándose de la punta del botito á la pluma del sombrero. Aquel era como un salón neutral; algunas damas sentadas iban acercando las sillas, é instalándose como en las Tullerías, para juzgar á las que pasaban. Dos amigas apresuraban el pa-

so, riendo. Otra iba y venía sola, muda, con ceñuda mirada. Otras, que se habían perdido, volvían á encontrarse y se deshacían en exclamaciones por lo ocurrido. Y la masa movible y oscura de los hombres se paraba, volvía á andar; se detenía alrededor de una estatua, se llamaba para contemplar un bronce; mientras que, entre los pocos burgueses descaminados, circulaban los nombres célebres, cuantos ilustres encierra París; un renombre glorioso se cruzaba con algún buen señor gordo y mal vestido, el nombre alado de un poeta, con algún infeliz de pálida faz, vulgar como un portero. Ondas de vida exhalaba aquella multitud á la luz monótona y descolorida del ambiente, cuando de pronto, tras las nubes del último chubasco, una ráfaga de sol llameó en los altos cristales, hizo relumbrar las vidrieras de poniente, y llovió en gotas de oro á través del aire inmóvil; y todo se calentó: las nevadas estatuas entre la verde vegetación, las masas de tierno césped que cortaba la amarillenta arena de las calles, los ricos tocados con los vivos vislumbres de la seda y las perlas, hasta las voces cuyo gran rumor nervioso y reidor pareció chisporrotear como una clara llamarada de sarmientos. Los jardineros, dispuestos á terminar las plantaciones de los canastillos, abrían las espitas de las mangas de riego, y rociaban con ellas el césped mojado, que exhalaba tibia humareda. Un atrevido gorrión, bajando de la techumbre de hierro á pesar de la gente, picoteaba la arena delante del mismo bufé, comiéndose las migajas de pan, que se divertía en echarle una niña.

En esto, Claudio sólo percibía, entre aquella baráunda, el rumor de mar, el fragor del público errando arriba, á través de las salas. Y le sugirió el recuerdo de aquel mismo ruido la vez que, como un huracán, azotó su cuadro. Pero, en aquel

momento, ya nadie reía; sólo á Fagerolles aclamaba el gigantesco aliento de París.

Cabalmente, en aquel punto, Sandoz, que había vuelto la cabeza, dijo á Claudio:

—¡Calle! Fagerolles.

En efecto, Jory y el pintor, sin verlos, acababan de apoderarse de una mesa vecina. El primero continuaba conversando en voz alta:

—Sí; ya he visto su niño despachurrado. ¡Ah! ¡pobre infeliz!... ¡Qué final!

Fagerolles le hizo una seña con el codo; é inmediatamente, el otro, viendo á los dos amigos, añadió:

—¡Ah!... el buen Claudio... ¿Cómo va?... ¿Sabes que no he visto todavía tu cuadro? Me han dicho que era soberbio.

—¡Soberbio!—añadió Fagerolles.

Luego mostróse sorprendido:

—¿Habéis comido aquí?... ¡qué ocurrencia!... se está tan mal... Nosotros venimos de Ledoyen... ¡Qué gente, qué empellones, qué algazara! Acercad la mesa; hablaremos un poco.

Juntaron las mesas. Pero ya algunos aduladores y solicitantes volvían á poner en exhibición al joven maestro. Tres amigos se levantaron, y le saludaron de lejos ruidosamente. Una señora se sumió en risueña contemplación, cuando su marido se lo hubo nombrado al oído. Y aquel alto, delgado, el artista mal colocado que no acababa la ira, se levantó de una mesa del fondo donde se hallaba y acudió á quejarse otra vez, exigiendo inmediatamente que le colocaran el cuadro en el ángulo.

—¡Déjeme usted en paz!...—acabó por exclamation Fagerolles, apurada su paciencia y cortesía.

Luego, en cuanto se hubo alejado el otro, mascullando sordas amenazas:

—¡En verdad!... por más que uno quiera ser cortés, acaban por quemarle la sangre. ¡Todos quieren estar junto á la moldura! ¡unas cuantas leguas de moldura!... ¡Ah! ¡qué cargo el de jurado! Sólo se recogen odios y enemistades, después de haberse roto las piernas yendo y viniendo!

Con porte abatido y marchitos ojos, Claudio lo contemplaba. Pareció despertar un instante, y murmuró con estropajosa lengua:

—Te he escrito; quería verte, para darte las gracias... Bongrand me ha dicho cuánto te había costado... Gracias, con todo...

Pero Fagerolles le interrumpió vivamente:

—¡Qué diablo! Algo debía á nuestra antigua amistad. Yo me regocijo de haberte dado ese gusto.

Y sentíase corrido como siempre, ante el maestro no declarado de sus primeros años; sentía otra vez aquella suerte de invencible humildad frente al hombre cuyo mudo desdén bastaba para alterar su triunfo.

—Tu cuadro está muy bien—añadió Claudio con lentitud, para mostrarse bueno y animoso.

Este sencillo elogio hinchó el pecho de Fagerolles con emoción exagerada, irresistible, salida no sabía de dónde; y el terrible muchacho sin fe, acostumbrado á todas las farsas, respondió con temblorosa voz:

—¡Ah! ¡querido amigo! ¡qué generoso te muestras con esto!

Sandoz, por fin, había podido lograr dos tazas de café, y como el mozo se hubiese olvidado de traer el azúcar, hubo de contentarse con algunos terrones que había dejado una familia vecina. Empezaban á quedar vacías algunas mesas, pero había crecido la libertad; sonaron tan fuertes las carcajadas de una mujer, que todos se volvieron.

Algunos fumaban; flotaba sobre las mesas en desorden, con manchas de vino y atestadas de grasientos platos, lenta y azul humareda. Cuando Fagerolles pudo lograr igualmente que le trajeran dos copas de chartreuse, se puso á hablar con Sandoz, con quien guardaba ciertos miramientos, sintiendo en él la fuerza. Y Jory, entonces, se apoderó de Claudio, de nuevo triste y silencioso.

—Pues chico, no te he participado la boda, ¿sabes? á causa de nuestra posición; se ha celebrado en familia, sin asistencia de nadie. A pesar de lo cual, quería decírtelo... Ya me lo perdonas, ¿verdad?

Se mostraba muy expansivo, daba algunos portomenores, contento de vivir, con el gozo egoísta de sentirse gordo y victorioso ante aquel pobre diablo vencido. Todo le salía bien—decía él.—Había dejado de escribir crónicas, sintiendo la necesidad de establecerse seriamente; luego, se había subido á director de una gran revista de arte, y, según decían, sacaba treinta mil francos anuales, sin contar las manos puercas en las ventas de colecciones. La burguesa rapacidad que había heredado de su padre, aquel afán de lucro que, en un principio, le llevó secretamente á infimas especulaciones, desde que había ganado unos cuartejos, se mostraba hoy á la luz del sol, y le convertía en un terrible señorón que desollaba á los artistas y á los aficionados que caían en sus garras.

Y en medio de esta gran fortuna, Matilde, omnipotente para él, se las había arreglado de modo que acabara suplicándole Jory, con lágrimas, que le concediera su mano, después de habérsela rehusado ella por espacio de seis meses.

—Cuando hay que vivir juntos—continuaba,—lo mejor es formalizar la situación, ¿verdad? Algo

sabes de eso, tú que te has encontrado en el mismo caso. Si te dijera que ella no quería, por temor de que la juzgaran mal, y de causarme perjuicio! ¡Tiene un alma tan hermosa! ¡una delicadeza!... No, no... nadie puede formar idea de las cualidades de esa mujer! Consagrada completamente á los menudos quehaceres de la casa, económica, lista, buena consejera... ¡Qué suerte he tenido!... Nada emprendo sin ella; la dejo hacer, ella lo lleva todo, palabra!

La verdad era que Matilde había logrado reducirle á la tímida obediencia de niño á quien mete en cintura la sola amenaza de que le privarán de un dulce. La antigua muchacha indecente se había convertido en esposa autoritaria, hambrienta de respeto, devorada de ambición y de afán de lucro. Ya no le era infiel, trocada en virtuosa, con seca y agria virtud, y abandonaba las prácticas de otros días, que había guardado sólo para él, como un instrumento de su poderío conyugal. Decían que los habían visto á ambos comulgar en Nôtre-Dame-de-Lorette. Se besaban delante de la gente; se llamaban con cariñosos diminutivos. Sólo que todas las noches debía darle cuenta él de cómo había empleado el tiempo, y si parecía inexplicado ó sospechoso el empleo de una sola hora, tal noche le daba, amenazándole con enfermedades graves y enfriando el lecho conyugal con tales escrúpulos de monja, que caro le costaba á él el perdón.

—En tal situación—repitió Jory, complaciéndose en su historia,—hemos aguardado la muerte de mi padre, y me he casado con ella.

Claudio, absorto y distraído hasta entonces, moviendo la cabeza sin oír, volvió en sí á la última frase:

—¡Cómo! ¡Te has casado... con Matilde!
Encerró en aquella exclamación la viva sor-

presa que le causaba la aventura, y todos los recuerdos que tenía de la tienda de Mahoudeau. ¡Aquel mismo Jory, á quien estaba oyendo todavía hablar de ella de un modo tan atroz, de quien recordaba las confidencias, una mañana, en la calle: aquellas orgías románticas, verdaderas atrocidades, en el fondo de la herboristería apestando á hierbas aromáticas! Todos los de la banda habían tenido algo que ver allí, y Jory, se mostraba más insultante que los otros... y se casaba con ella! Realmente, el hombre cometía una gran necedad cuando hablaba mal de su querida, por indecente que fuera, porque no sabía nunca si al fin se casaría con ella, andando el tiempo!

—Sí, con Matilde—respondió el otro sonriendo.—¡Bah!... después de todo, las antiguas queridas son, al cabo, las mejores esposas.

¡Tan sereno y tan campante!... Todo lo había olvidado por completo; ni una alusión, ni la menor vergüenza al dar con la mirada de sus compañeros. Como si Matilde llegara de otro país, se la presentaba, ni más ni menos que si ellos no la hubiesen conocido tanto como él.

Sandoz, que atendía á medias á la conversación, interesado por aquel curiosísimo caso, dijo cuando callaron:

—Larguémonos... Tengo las piernas entumecidas.

Pero en aquel momento, se detuvo Irma Bécot á la puerta del bufé. Estaba muy bella, con el pelo dorado, flamante, en su esplendor falso de rubia cortesana, arrancada de un antiguo marco del Renacimiento; vestía una túnica de brocado azul pálido, sobre una falda de seda cubierta de Alençon, tan rica, que iba seguida de una escolta de caballeros. Vaciló un momento viendo á Claudio entre los demás, como sobrecogida de

cobarde vergüenza ante aquel desdichado mal vestido, feo y despreciado. Pero tuvo al fin el ánimo de su antiguo capricho, y á él antes que á nadie apretó la mano, en medio de todos aquellos hombres bien puestos, que abrían los ojos con sorpresa. Rióse con cierta ternura, y con amistosa burla que plegaba un poco las comisuras de sus labios:

—¡Sin rencor!—le dijo alegremente.

Y esta frase, que sólo ellos comprendieron, redobló su risa. Resumía toda su historia. ¡Pobre muchacho, á quien en vano intentó seducir!

En esto, Fagerolles pagaba las dos copas de chartreuse y se iba con Irma, que Jory se decidió igualmente á seguir. Claudio contempló cómo se alejaban, ella entre los dos hombres, andando con regio continente por entre la multitud, muy admirados y saludados.

—¡Cómo se conoce que Matilde no está por aquí!—dijo simplemente Sandoz.—¡Qué par de bofetones, en llegando!

Pidió la cuenta. Se iban despoblando las mesas, en las que sólo quedaba un montón confuso de huesos y mendrugos. Dos camareros lavaban los mármoles con esponjas, mientras que otro, con un rastrillo, escarbaba la arena, llena de salivazos y migajas. Y entretanto, detrás de las cortinas de sarga oscura, el personal almorzaba á su vez; sólo se oía el crujir de las mandíbulas, las empastadas risas, la masticación fuerte de un campamento de bohemios, rebañando las marmitas.

Claudio y Sandoz dieron la vuelta por el jardín, y allí descubrieron una estatua de Mahoudeau, muy mal colocada en un rincón, cerca del vestíbulo del Este. Era, en fin, la *Baigneuse* en pie, pero reducida á menor tamaño todavía, no mayor que una niña de diez años, y de encantadora elegancia; los muslos finos, el seno chiquito, in-

dicado apenas el naciente pezón. Exhalaba cierto perfume, la gracia que no se aprende y que florece donde quiera, la gracia invencible, obstinada y vivaz, rebrotando á despecho de todo por entre los groseros dedos de obrero de su autor, que ignoraba su propia genialidad hasta el punto de haberla desdeñado tanto tiempo.

Sandoz no pudo menos de sonreír:

—¡Y pensar que ese chico hizo cuanto pudo para malograr su talento!... Si estuviese mejor colocada, tendría gran éxito.

—Es verdad... gran éxito—repitió Claudio.—Es preciosa.

Cabalmente, divisaron á Mahoudeau, que ya en el vestíbulo, se dirigía hacia la escalera. Le llamaron, corrieron tras él, y los tres se quedaron á conversar un rato. La galería baja se extendía vacía, enarenada, alumbrada con pálida claridad, que entraba por los grandes y redondos tragaluces; cualquiera se hubiese creído debajo de un puente de ferrocarril; fuertes pilares sostenían el tinglado metálico; caía del techo frío glacial, y humedecía el suelo donde se hundían los pies. A lo lejos, detrás de una cortina hecha girones, se alineaban las estatuas no admitidas, los yesos que los escultores pobres ni siquiera cuidaban de retirar: pálida *Morgue* en lamentable abandono. Pero lo que allí sorprendía y hacía levantar la cabeza, era el continuo fragor, el rumor inmenso de las pisadas sobre el pavimento de las salas. Allí, ensordecía, rodaba desmesuradamente, como si interminables trenes lanzados á todo vaporr commovieran sin parar las grandes vigas de hierro.

Después de haber felicitado á Mahoudeau, éste dijo á Claudio, que había buscado en vano su obra: ¿en qué agujero la habían metido? Luego se ocupó con interés de Gagnière y de Dubuche, con la ternura del que recuerda el tiempo pasado.

¡Qué fué de los Salones de otro tiempo, cuando iban allí en pandilla, y atravesaban á paso de carga las salas, como en país enemigo, cuando estallaban en desprecios al salir, y en discusiones que movían todas las lenguas y dejaban vacío el cráneo? Ya nadie veía á Dubuche. Dos ó tres veces cada mes, Gagnière llegaba de Melun, azorado, corriendo, para asistir á algún concierto, y de tal modo olvidaba la pintura, que ni al Salón iba, donde exponía, sin embargo, el mismo paisaje que enviaba hacía quince años: las orillas del Sena, de una bella tonalidad gris, tan concienzudo y discreto, que el público no se había fijado nunca en él.

—Iba á subir—repuso Mahoudeau;—¿subís conmigo?

Claudio, pálido, mortificado, alzaba los ojos á cada paso. ¡Ah, aquel terrible rumor, aquel galope devorador del monstruo, cuyas sacudidas estremecían sus miembros!

Tendió la mano despidiéndose, sin decir nada:

—¿Nos dejas?—exclamó Sandoz.—Da una última vuelta con nosotros, y saldremos juntos.

Pero luego sintió por él compasión, viéndole tan fatigado. Comprendió que ya no podía más, deseoso de estar solo, ansioso por irse para ocultar su herida.

—Entonces, adiós, chico... Ya iré á verte.

Claudio, tambaleándose, perseguido por el estruendo de los de arriba, desapareció entre los arriates del jardín.

Y dos horas más tarde, en el Salón del Este, Sandoz, quien, después de haber perdido á Mahoudeau, acababa de encontrarle con Jory y Fagerolles, vió á Claudio, en pie delante de su cuadro, en el mismo sitio en que lo encontró la primera vez. El desdichado, en el momento de salir,

había subido otra vez allí á despecho suyo, fascinado, atraído.

Reinaba el bochorno de las cinco, cuando la cola de gente, fatigada de dar vueltas á través de las salas, atacada del vértigo de los rebaños soltados en un parque, se azora, y se agolpa entre apreturas buscando la salida. Pasado el frío de la mañana, el calor de los cuerpos, el vaho de la gente, había cargado el ambiente de un vapor rojizo, y el polvillo del entarimado se desprendía como finísima niebla entre aquel olor singular de toda multitud. Algunos se acercaban todavía á los cuadros, que ya llamaban sólo la atención por los asuntos. Iban, venían, pasaban sin parar. Las mujeres, sobre todo, se empeñaban en no moverse de allí hasta que las echaran los guardias al sonar la primera señal del cierre á las seis. Algunas gordas señoronas se sentaban de través. Otras, menos afortunadas, no hallando el menor rincón donde sentarse, se apoyaban en las sombrillas, desfalleciendo, pero impertérritas, á pesar de los pesares. Todos, con ojos desesperados y suplicantes, acechaban los banquillos atestados de gente. Ya sólo reinaba, azotando aquellos millares de cabezas, aquel último momento de fatiga, que destrozaba las piernas, estiraba los rostros, torturaba las sienes con la jaqueca, la especial jaqueca de las Exposiciones, causada por la continua ruptura de la nuca y la danza deslumbradora de los colores.

Sólo estaban en el mismo sitio donde se contaban ya, desde mediodía, sus historias, los dos caballeros conversando tranquilamente á cien leguas de allí. Quizás habían vuelto; quizás no se habían movido del taburete.

—¿Y cómo—decía el gordo—entró usted, afectando no comprender?

—Eso es—respondía el bajo;—los he mirado, y

me he quitado el sombrero... ¿Comprende usted?

—¡Admirable!... ¡Usted es admirable, querido!

Pero Claudio sólo oía las palpitaciones de su corazón; no veía otra cosa que su *Enfant mort*, arriba, junto al techo. No apartaba de él los ojos, bajo el influjo de la fascinación que le tenía clavado allí, á despecho suyo. La multitud, con el vértigo del cansancio, giraba en torno, pisoteándole los pies, dándole empellones, arrastrándolo consigo; y como un cuerpo inerte, se abandonaba á la corriente, flotaba, volvía á hallarse en el mismo sitio, sin bajar la cabeza, ignorante de lo que pasaba abajo, viviendo sólo arriba, con su obra, su pobre niño, hinchado con la muerte. Dos gruesas lágrimas, cuajadas entre los párpados, le impedían ver bien. Parecía que jamás tendría bastante tiempo para contemplarlo.

Entonces Sandoz, llevado de su profunda compasión, fingió no ver á su antiguo camarada, como si hubiese querido dejarlo solo, sobre la tumba de su vida malograda. Otra vez pasaban juntos los amigos; Fagerolles y Jory iban delante, y como Mahoudeau le pidiese dónde estaba el cuadro de Claudio, Sandoz mintió, lo alejó de allí, se lo llevó fuera. Salieron todos.

A la tarde, Cristina sólo pudo obtener de Claudio secas explicaciones: todo iba á pedir de boca, el público no se irritaba contra él, el cuadro producía buen efecto; estaba algo alto, tal vez. Y á pesar de su fría serenidad, tenía tan raro aspecto, que ella sintió miedo.

Después de comer, de vuelta de la cocina donde había ido á dejar unos platos, Cristina no le halló á la mesa. Había abierto la ventana, que daba á un solar; allí estaba, y tan echado hacia fuera, que ella no le vió. Luego, aterrada, se lanzó hácia él, tiró con fuerza de su chaqueta:

—¡Claudio! ¡Claudio! ¿qué haces?

Volvióse, estaba blanco, la mirada extraviada.

—Miro.

Pero ella cerró la ventana temblorosa, y fué tal su sobresalto, que no pudo dormir en toda la noche.

XI

El siguiente día, reanudó nuevamente su tarea Claudio; y así transcurrieron meses, todo el verano, en monótona tranquilidad. Había encontrado trabajo: estudios de flores, para Inglaterra, cuyo producto bastaba para el pan cotidiano. Todas sus horas disponibles, consagróbalas á su magno lienzo; y sin caer en sus antiguos arrebatos de cólera, parecía resignado á esta labor eterna, con aire sosegado y una aplicación obstinada y sin esperanzas. Pero sus ojos, cuando se fijaban en la obra frustrada de su vida, parecían alelados, viéndose en ellos como una muerte de la luz.

También Sandoz, en aquella época, sufrió un grave pesar. Falleció su madre, trastornando toda su existencia, aquella existencia de tres, tan íntima, donde sólo unos pocos amigos penetraban. Hízosele antipático el pabellón de la calle Nollet. Por otra parte, habíase declarado un éxito brusco en la venta de sus libros, penosa hasta entonces; y el matrimonio, colmado con esta riqueza, acababa de alquilar en la calle de Londres un vasto piso, cuya instalación les ocupó meses enteros. Su luto había estrechado aún más la amistad de Sandoz por Claudio, en una comunidad de aburrimento de las cosas. Desde el tremendo golpe del Salón, tenía vivamente inquieto su antiguo camarada, adivinando en él alguna rotura irreparable, alguna herida por donde la vida se escapaba, invisiblemente. Después, viéndole tan frío,